

5

Historia de vida y métodos biográficos

*Fortunato Mallimaci
y Verónica Giménez Béliveau*

En este capítulo nos proponemos trabajar con la historia de vida y los métodos biográficos. Considerados desde hace décadas como una de las principales tradiciones dentro de los abordajes cualitativos de investigación social, los métodos biográficos describen, analizan e interpretan los hechos de la vida de una persona, para comprenderla en su singularidad o como parte de un grupo.

A partir de la pregunta ¿qué es la historia de vida?, recorreremos su desarrollo en ciencias sociales, dedicando especial atención a rastrear la tradición en un contexto latinoamericano. El apartado central del capítulo aborda la realización de la historia de vida. Proponemos aquí tres etapas, la preparación de la historia de vida, que incluye los procesos de muestreo, trabajo sobre un eje temático y elaboración de la guía, la realización de las entrevistas, y el análisis y la escritura de los resultados. Finalmente, cerramos el capítulo reflexionando sobre los aportes de los métodos biográficos a las ciencias sociales.

1. La historia de vida en ciencias sociales

¿Qué es la historia de vida?

Estudiar el relato de los hechos de la vida de un individuo es el trabajo que un investigador realiza cuando recurre a la *historia de vida*.

La historia de vida se centra en un sujeto individual, y tiene como elemento medular el análisis de la narración que este sujeto realiza sobre sus experiencias vitales. Siguiendo a los autores considerados clásicos que han trabajado el método, podemos afirmar que la historia de vida es el estudio de un individuo o familia, y de su experiencia de largo plazo, contada a un investigador y/o surgida del trabajo con documentos y otros registros vitales. Denzin (1989: 69) la define como «el estudio y colección de documentos de vida que describen puntos cambiantes en una vida individual», y agrega que se trata de una biografía interpretada, porque el investigador escribe y describe la vida de otras personas.

Otros autores prefieren hablar de *métodos biográficos*, tomando como referencia el género ampliado de los *escritos biográficos*: biografías, autobiografías, historias de vida e historias orales (Creswell, 1998: 48). Creswell distingue entre una perspectiva más clásica de los estudios biográficos, en la que el investigador recurre a supuestos teóricos para comprender el relato de la vida del investigado desde su propio punto de vista, y una perspectiva llamada biografía interpretativa, en la que se introduce con fuerza la noción de reflexividad en el trabajo del investigador, que tiene que considerar en sus supuestos no solo el contexto histórico y la posición del sujeto en la sociedad, sino también el propio lugar de quien escribe en el relato que contribuye a construir (Creswell, 1998: 50-51).

Enfatizando la presencia de la voz del entrevistado en el relato de vida [*life story*] Atkinson (1998: 3, 8) describe la historia de vida como «el método de investigación cualitativa para reunir información sobre la esencia subjetiva de la vida entera de una persona [...] Un relato de vida es una narración bastante completa de toda la experiencia de vida de alguien en conjunto, remarcando los aspectos más importantes». Desde la perspectiva de Atkinson, el relato debe ser lo más cercano posible a las palabras del entrevistado, y el investigador debe tratar de minimizar su intervención en el texto.

La perspectiva etnosociológica de Bertaux (1997: 32) considera que «hay relato de vida desde el momento en que un sujeto cuenta a otra persona, investigador o no, un episodio cualquiera de su experiencia de vida». Bertaux adopta así una definición «minimalista» del relato de vida, que supone que es posible encontrar experiencias de vida en relatos centrados en un período de la existencia del sujeto, o en un aspecto de esta. Esta perspectiva le permite hacer más accesible la historia de vida, que no debe ser, ineludiblemente, un recorrido integrador a través de la totalidad de la experiencia de vida del individuo. Esta experiencia puede ser contada por el investigado en forma fragmentada o parcial, y así retomada por el investigador como parte de una realidad necesariamente más abarcadora.

Para Miller (2000: 2), los métodos biográficos constituyen un área de investigación en desarrollo, aunque no está claro aún cuáles son los

parámetros que los investigadores usan para definirla. A partir de los elementos comunes de los métodos biográficos, centrados en el interés en la vida completa de los individuos, o en un fragmento significativo de esta, Miller propone dos implicancias para la práctica de la investigación. La primera es la centralidad que adquiere el tiempo en la historia de vida: más que otros abordajes centrados en el presente, los métodos biográficos construyen su práctica en la relación entre pasado, presente y futuro que expresa el relato del entrevistado. La segunda es la importancia de la familia (la de origen y la formada por el entrevistado) en la vida de las personas, rompiendo con «la ficción de los individuos atomizados» (Miller, 2000: 2). El rol de la familia es de fundamental importancia en los métodos biográficos, lo que ha llevado a algunos autores a plantear la existencia de un subcampo, el de las historias de familias (Bertaux, 1996; Miller, 2000).

La perspectiva del sociólogo italiano Franco Ferrarotti (1988; 1991) contribuye a consolidar una valiosa tradición presente en Italia (Levi, 1986; Cipriani, 1982-1983; Maciotti, 1985), y complementa y se diferencia del resto de los autores. Para Ferrarotti, la historia de vida no es un método o una técnica más, sino una perspectiva de análisis única. El relato de una vida debe verse como el resultado acumulado de las múltiples redes de relaciones que, día a día, los grupos humanos atraviesan, y a las que se vinculan por diversas necesidades. Esta manera de comprender la historia de vida nos permite descubrir lo cotidiano, las prácticas de vida dejadas de lado o ignoradas por las miradas dominantes, la historia *de* y *desde* los de abajo. Por otra parte, Ferrarotti destaca la importancia de la perspectiva del individuo como punto de observación de la sociedad en general. «Un individuo es un universo singular», afirma el sociólogo italiano en una serie de entrevistas que sus discípulos publican en ocasión de su jubilación, luego de largos años de enseñanza e investigación: «cuando yo digo [...] “yo camino con el otro”, “yo hablo a través del otro”, hay un filtrado altamente individual de la experiencia colectiva que si bien no me determina ciertamente me condiciona» (Tognonato, 2003: 202).

Las ciencias sociales recurren a la historia de vida no solo interesadas por la información que esta pueda proporcionar acerca de un sujeto individual, sino que buscan expresar, a través del relato de una vida, problemáticas y temas de la sociedad, o de un sector de esta. Hablar de la vida de una persona significa mostrar las sociabilidades en la que esta persona está inserta, y que contribuye a generar con sus acciones; es hablar de las familias, de los grupos sociales, de las instituciones a las que está ligada, y que forman parte, más o menos intencionalmente, de la experiencia de vida del sujeto. Miller (2000: 2) subraya que «las vidas son vividas en el interior de redes sociales desde que la socialización temprana empieza. La gente crece en familias, se mueve

hacia y a través de sistemas educacionales y mercados de trabajo, se vuelve sujeto de regímenes de las instituciones de salud...».

En suma, a la pregunta sobre ¿qué es la historia de vida? se puede responder de distintas maneras (véase cuadro 5.1). Sintetizando, afirmamos que se trata del relato de la vida de una persona, en el contexto determinado en que sus experiencias se desenvuelven, registra e interpretado por un investigador o investigadora.

Cuadro 5.1
Glosario básico

Estudio biográfico: es la historia de vida de una persona (viva o muerta), escrita por otro, usando todo tipo de documentos (Creswell, 1998: 49).

Autobiografía: es la historia de vida de personas contada por ellas mismas.

Historia de vida: está basada en una mirada desde las ciencias sociales. El investigador relaciona una vida individual/familiar con el contexto social, cultural, político, religioso y simbólico en el que transcurre, y analiza cómo ese mismo contexto influencia y es transformado por esa vida individual/familiar. El investigador obtiene los datos primarios a partir de entrevistas y conversaciones con el individuo. Dentro de esta tradición, se pueden distinguir dos vertientes, la historia de vida propiamente dicha [*life history*], y el relato de vida [*life story*].

La **Historia de vida (*Life history*)** se destaca por la interpretación de la vida del sujeto por parte del investigador.

En el **Relato de vida (*Life story*)** la transcripción del material recogido se realiza minimizando la intervención del investigador. Puede vincularse con el testimonio utilizado por el periodismo.

Historia oral: se trata de un tipo de investigación que se nutre de la reflexión individual sobre eventos específicos de la historia de una sociedad, analizando sus múltiples causas, consecuencias y efectos sobre la vida individual/familiar de los participantes y de otros actores sociales. Esta perspectiva abre la posibilidad de visiones y comprensiones múltiples en la historia social.

¿Cuáles son las raíces de los métodos biográficos?
¿Cómo ha sido su desarrollo en las ciencias sociales?

El abordaje cualitativo forma parte de la larga tradición de las ciencias sociales. En los clásicos, los trabajos por ejemplo de Dilthey (1948), Simmel (1986) y Weber (1969) (véase Ferrarotti, 1995) han insistido en la importancia de la interacción social, de la actividad con

sentido y creativa de los actores, y en las múltiples dimensiones de la subjetividad. Los estudios a partir de biografías e historias de vida, sea como método, sea como enfoque, sea como instrumento de investigación, sea como estudio de caso que verifica tal o cual teoría, han revalorizado esa tradición desde diversas perspectivas y orientaciones. La sociología histórica, la historia de las mentalidades, la psicología y antropología social se han interesado en las historias y los relatos de vida.

La Escuela de Chicago, como se destaca en los capítulos 4 y 6 de este volumen, ha sido precursora e innovadora en esta temática. Las historias de vida, lo biográfico y el estudio de casos forman parte de otra manera de hacer sociología desde principios del siglo xx, y muestran también las múltiples experiencias e interrogantes que surgen de las nuevas prácticas de investigación. Recordemos los estudios clásicos de Anderson (1923) sobre los hombres que viven en la calle en Estados Unidos, de Thrasher (1927) sobre las pandillas en Chicago, de Shaw (1966), en donde el autor busca verificar su teoría sobre la delincuencia a partir de una biografía que considera representativa, de Lewis (1964), en el que el autor elige una familia entre 71 del mismo paraje, considerando que era representativa de la situación de pobreza que vivían millones de personas en México.

En el contexto europeo, el investigador italiano Franco Ferrarotti se destaca por su perspectiva original en el trabajo con las historias de vida. En sus trabajos, Ferrarotti (1988; 1991) destaca el valor del relato hecho historia, de la persona que crea y valora su propia historicidad. Con la posibilidad del relato de vida, la persona –sea de cualquier grupo o clase social– se apropia y adueña de lo que vive en una relación de igualdad con el investigador. Para salir de la dupla estructura e individuo entendidos como polos opuestos, Ferrarotti (1988) insiste en conectar la biografía individual con las características estructurales y globales de lo dado, lo vivido, la situación histórica. Para este autor, la discusión sobre la representatividad pierde valor, dado que analizar una parte es ya analizar el todo.

El sociólogo francés Pierre Bourdieu (1986) recuerda que en el proceso de elaboración de una biografía se debe evitar suponer que existe un hilo conductor que atraviesa la vida del sujeto desde sus orígenes. Es la trampa de «la ilusión biográfica». En su texto *La miseria del mundo*, Bourdieu y su equipo analizan múltiples situaciones en las que se trata de poner en evidencia que «los llamados lugares difíciles (como lo son hoy la “urbanización” o la escuela) son antes que nada difíciles de describir y de pensar y que las imágenes simplistas y unilaterales deben ser reemplazadas por una representación compleja y múltiple [...] abandonar el punto de vista único, central, dominante –en síntesis casi divino– [...] en beneficio de la pluralidad de puntos de vista coexistentes y a veces directamente rivales» (Bourdieu, 1993: 9).

Abordar la vida de una persona supone abandonar todo tipo de determinismos, y mostrar los múltiples procesos posibles desde donde seguir una biografía. Es decir, admitir que es posible hacer y rehacer diversas historias de vida para la misma persona. Como hemos investigado (Mallimaci y Salvia, 2005) esto produce diversas trayectorias –individuales y familiares–, donde las relaciones laborales, familiares, simbólicas, religiosas, políticas, educativas, de género deben ser tenidas en cuenta para comprenderlas y analizarlas. No estamos ante sujetos pasivos sino con personas que toman decisiones –más o menos condicionadas– que afectan sus trayectorias.

Podemos ver así cómo los llamados métodos biográficos han ido recreándose desde diversas perspectivas. En la Argentina, cartas, diarios íntimos, autobiografías, reportajes, entrevistas, novelas y memorias tanto de «próceres» como de «heroínas y héroes anónimos» son un material sumamente importante a la hora de recrear investigaciones. La antropología primero y luego la historia y la sociología han prestado cada vez más atención al vínculo entre los contextos, las estructuras sociales y las historias de vida. Aparecen así relatos de personas célebres, de la vida cotidiana de ciudadanos de clases populares, de mujeres que impactaron en nuestras sociedades. En las últimas décadas, diferentes estudios destacan los vínculos entre varones y mujeres, dándole mayor importancia a la sexualidad, a lo afectivo, a los deseos, para comprender los conflictos sociales, y plantean en la discusión pública temas ayer considerados de la esfera privada.

El crecimiento y la heterogeneidad de la pobreza, junto a la expansión de un mercado desregulado, con un Estado social en retirada, exigieron otra mirada hacia la sociedad, abandonando la idea de homogeneidad proveniente de cifras y categorías que no daban cuenta en profundidad de dichas rupturas. La dimensión biográfica contextualizada, el análisis de las trayectorias individuales y familiares, las historias de vida de individuos y familias, son cada vez más necesarios para descifrar lo social. La utilización de metodologías cualitativas no es una nueva moda, sino una herramienta privilegiada para dar cuenta de las profundas recomposiciones en la vida religiosa, social, política y laboral que llevan de la supuesta homogeneidad de otras épocas a la heterogeneidad que vivimos hoy. Desde enfoques estadísticos y cuantitativos las múltiples y diversas trayectorias quedan en las sombras. Las investigaciones llevadas a cabo en el amplio mundo de los sectores populares y en el campo religioso en Argentina nos han mostrado la importancia de revalorizar y nominar a las historias personales como formas de acción con sentido en lugares y contextos, y con habitus específicos.

¿Podemos rastrear una tradición de los métodos biográficos en un contexto latinoamericano?

En el siglo XIX se destacó en Argentina, desde el llamado romanticismo, el «realismo social» en los trabajos literarios o memorias que «pintaban la vida y las personas de una época» con el objetivo de transformarla. Es el caso de *La cautiva*, de Esteban Echeverría, publicada en 1837, de la *Vida de Facundo Quiroga*, de Domingo Sarmiento, de 1845,¹ de las *Memorias de un viejo* de Vicente Quesada (1998), de *La vida de Rosas*, del hijo del autor anterior, Ernesto Quesada (1923). Desde otra perspectiva, y con fuerte influencia del positivismo, que aparece como dominante en los estudios sociales a fines del siglo XIX, son publicados los trabajos de José María Ramos Mejía (1878; 1907), que propone conocer la sociedad primero desde los hombres célebres y sus «historias médicas», en *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*, y luego desde las multitudes, en *Las multitudes argentinas. Estudio de la psicología colectiva*. En todos estos trabajos se destaca el intento de explicación del rosismo y del caudillismo como temática propia de una sociología argentina. En el siglo XX surgen estudios y biografías de dirigentes y personajes clave en el espacio público, entre otros, Félix Luna (1989) escribe una biografía del presidente Roca, Manuel Gálvez (1939) una del líder radical Hipólito Yrigoyen, Fermín Chávez (1975) publica la vida de Juan Domingo Perón, fundador del Partido Justicialista, y Marisa Navarro (1994) realiza una biografía de Eva Duarte. Más tarde se consolidan los métodos biográficos como herramienta de investigación en ciencias sociales. Diversas investigaciones académicas indagan sobre temas precisos, recurriendo a la historia oral y a los documentos de vida, y triangulando con otros documentos escritos. Se profundizan especialmente los ámbitos de la vida cotidiana y de la vida privada. Se destacan aquí, entre otros, el estudio de Dora Barrancos (1990) sobre los anarquistas, la investigación de Fortunato Mallimaci (1988) sobre los católicos en la década de 1930, y el trabajo de Dora Schwarzstein (2001) centrado en la reconstrucción del exilio republicano español en Argentina. Las novelas históricas han irrumpido también, rehaciendo biografías donde la ficción y la realidad se confunden: es el caso, por ejemplo, de *Santa Evita y La novela de Perón*, de Tomás Eloy Martínez (1991; 1995).

La antropología ha sido fructífera en utilizar historias de vida y memorias para producir nuevos conocimientos. Bajo la concepción del avance irresistible del proceso de modernización e industrialización, que al hacer «progresar» la sociedad destruye grupos y culturas «tradicionales», una corriente en antropología se centró en «recuperar» la vida y la historia de grupos indígenas o campesinos en las zonas alejadas, abandonadas, exterminadas o expropiadas para el «avance de la civilización». Como bien relatan Magrassi y Rocca (1980: 39), «el interés por los indígenas, los negros y otros grupos marginales en Estados Unidos, se mantuvo hasta la actualidad: no siendo ajeno a ellas el cambio de mentalidad operado en algunos sectores intelectuales y popula-

res estadounidenses respecto a los antiguos nativos y sus descendientes». Estos autores destacan que en Argentina «el mejor trabajo realizado con aplicación de la técnica de historia de vida es el del catalán-argentino Juan B. Marsal [...] que se publicó en 1969 con el título de *Hacer la América. Autobiografía de un inmigrante español en la Argentina*».² Este libro investiga la inmigración y el retorno a su país de origen de miles de migrantes a partir de un estudio de caso. Como el autor menciona, «La historia de vida de J. S. (nombre del inmigrante que regresa a Cataluña), como historia de caso individual que es, no puede probar ni refutar nada con carácter general, pero sí puede iluminar nuevas líneas de investigación con tanta o más fuerza que las hipótesis creadas por la imaginación de los autores o por la aplicación a la Argentina de teorías elaboradas sobre la base de otras situaciones» (Magrassi y Rocca, 1980: 58).

El libro *Las historias de vida en ciencias sociales*, de Jorge Balán (1974), destaca la revalorización de la historia de vida y sus usos en la investigación social. A partir de los trabajos de Jelin (1974) sobre los trabajadores por cuenta propia, de Nash (1974) sobre Juan, un trabajador minero boliviano y su familia, y de Wilkie (1974), sobre trayectorias de líderes latinoamericanos, se buscan nuevos enfoques teóricos centrados en la relación entre el tiempo biográfico y el tiempo social, las transformaciones sociales y las relaciones entre generaciones.

Incluyendo otro soporte para los métodos biográficos, Magrassi y Rocca (1980: 61) citan al cineasta Jorge Prelorán como creador de cine antropológico, y agregan que su película *Hermógenes Cayo* «capta brillantemente aspectos de la vida del protagonista, indígena puneño». Recomiendan también una de las «mejores expresiones del tipo producida en o desde Argentina»: se refieren al libro de Gladys Adamson y Marcelo Pichon Rivière (1978) *Indios e inmigrantes. Una historia de vida*, que relata la vida (y también persecuciones, injusticias y discriminaciones) de indios, negros e inmigrantes en el noroeste argentino a comienzos del siglo xx. El texto recoge los relatos de vida de Juan Adamson, nacido en 1900 y padre de la autora.

El imaginario de la muerte y el terrorismo de Estado, vivido en Argentina entre 1976 y 1983, con su «banalización del mal», con su secuela de detenidos-desaparecidos, de niños y niñas nacidos en cautiverio y separados de sus familias, de presos, torturados y exiliados internos y externos, es un nuevo desafío teórico-metodológico que plantea las vías para recuperar memorias y evitar nuevas impunidades. Las historias de vida de las víctimas, que hay que rehacer, recuperar, recomponer y preservar, pasan a ser un material indispensable para comprender causas profundas que llevaron a la deshumanización, la aniquilación y la destrucción de personas en nombre de los «valores de la sociedad occidental y cristiana». Los archivos de la Conadep (Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas), de Abuelas y Madres

de Plaza de Mayo, de la Memoria en la provincia de Buenos Aires, de cárceles, de instituciones del Estado, pueden brindar nuevos elementos. Libros como *La voluntad*, de Anguita y Caparrós (2005), *Historias de mujeres en lucha*, de Datri et al. (2006), películas como *Garage Olimpo* y *La fuga*, biografías y autobiografías son nuevos documentos de vida a tener en cuenta. Aparece como un desafío, del mismo modo, rehacer el imaginario de la muerte desde aquellos que formaron parte de los grupos hegemónicos que legitimaron el terrorismo de Estado. Historias de vida de militares, obispos, empresarios, intelectuales, educadores y dueños de los medios de comunicación que justificaron golpes empresariales-religiosos-militares nos brindarán valiosos aportes para comprender en su complejidad a la sociedad en general y a la Argentina en particular.

Los métodos biográficos, al igual que otras tradiciones en metodología cualitativa, han tenido en el CEIL-PIETTE del CONICET un desarrollo destacado. Forni (Forni, Benencia y Neiman, 1991; Forni y Rolán, 1995) y Vasilachis de Gialdino (2000; 2003), entre otros,³ han trabajado especialmente la vulnerabilidad de la pobreza con sus múltiples quiebres sociales, desafilaciones y dramas familiares, con estigmatizaciones y privaciones diversas que repercuten en los cuerpos (testigos violentos de cómo son saqueadas almas y espíritus de hombres y mujeres). Ameigeiras (1995; 2000) y Soneira (2001; 2005) han profundizado en trayectorias de personas desde el punto de observación de su religiosidad y su compromiso en grupos organizados para la práctica religiosa.

En las investigaciones llevadas adelante por Mallimaci y equipo en sectores populares aparecen centralmente historias de familias e individuos. La investigación realizada sobre la vida y las representaciones políticas, sociales y religiosas de los habitantes de un barrio popular de la periferia de Buenos Aires (Las Catonas, Moreno) fue efectuada a partir de historias de familias. Se reconstruyeron en aquel momento cuatro tipos de familias: integradas, vulnerables, urgidas y de extrema vulnerabilidad (Mallimaci y Graffigna, 2000). También en el volumen *Los nuevos rostros de la marginalidad* se recurre a las historias de vida para reconstruir identidades de sujetos silenciados: «en estos artículos los pobres tienen cara, tienen nombre, tienen historia, poseen trayectorias valiosas, tienen capacidades, pelean, luchan, no bajan los brazos a pesar de todo. Feriantes, trabajadores sexuales, travestis, trabajadores que autogestionan sus fábricas, recuperadores, cartoneros, vendedores ambulantes, asistidos por planes sociales, creyentes, católicos, piqueteros, talleristas... Quique, Alberto, Carmona, Dana, María Eugenia, Mayra, Mercedes, Laura, Luis, Carlos, Jorge, Beto, Pedro, Valeria, Mónica, Marta y cientos de otros están presentes en estas páginas y desafían lo que decimos de ellos y lo que nos decimos entre nosotros» (Mallimaci, 2005: 27).

2. La historia de vida como herramienta de investigación social

La primera consideración sobre las maneras de llevar a cabo una historia de vida insiste en la inserción de la misma en el contexto de investigación: la decisión de recurrir a la historia de vida está directamente ligada con la pregunta que estructura el estudio. La biografía de un individuo o la trayectoria de una familia se realizan a fin de profundizar en las preguntas que el investigador formula para abordar las temáticas que estudia. Una investigación puede basarse en la historia de vida de una persona, o recurrir a las historias de varias personas para construir un tema a partir de voces plurales. El interés central de la utilización de la historia de vida como herramienta metodológica es variado: sea porque nos interesa profundizar en la trayectoria de una persona determinada, sea porque la literatura del caso a investigar mencione a tal o cual persona o familia, o porque un caso individual puede iluminar el hecho investigado y desafiar las construcciones teóricas.

¿Cómo se hace una historia de vida?

La realización de una historia de vida requiere, como toda investigación, de una cuidadosa planificación (véase cap. 2). Si se opta por la historia de vida, una de las primeras decisiones que el investigador o la investigadora toma al preparar el diseño de su investigación es si la pregunta de investigación será abordada a partir de la realización de una historia de vida o de varios relatos. Si se toma la primera opción, estaremos ante un estudio de un caso único; si se toma la segunda, prepararemos un diseño multivocal o polifónico (véase cuadro 5.2). La elección del tipo de diseño tiene que ver con la pregunta de investigación y con los supuestos que la guían: un investigador más cercano a la posición de Ferrarotti (1988; 1991), que destaca la potencialidad del relato de la vida de un individuo para expresar las relaciones sociales, se inclinará tal vez por el estudio de un caso único; un investigador más próximo a la posición de Bertaux (1997: 74) optará por un diseño polifónico que le permita cruzar referencias y relatos de diferentes personas.

Cuadro 5.2

Diseño: problema, preguntas de investigación, decisión de recurrir a un diseño multivocal o polifónico, delimitación de los sujetos a entrevistar

Así, poniendo en marcha las estrategias cognoscitivas de la etnografía, comencé a elaborar la idea de hacer una investigación sobre «los desaparecidos en Argentina». [...] Motivada por la lectura de Pollak, no quería estudiar las «memorias encuadradas» en discursos institucionalizados, en historias de organizaciones de derechos humanos. Quería partir de los individuos, de los familiares de desaparecidos, de sus experiencias y vivencias sufridas, entender de dónde sacaban tanta fuerza y persistencia, cómo transformaban en energía la dramática situación límite que sofocó sus vidas [...]

Por contraste con los marcos institucionales, a escala de las prácticas y representaciones de los familiares es posible descubrir un laboratorio de ideas [...]; un plano donde resalta con nitidez la regulación de las emociones, la transformación del dolor en efectivas reacciones que descartan el uso de la violencia física; una dimensión que permite observar los diferenciados recursos (políticos, culturales, religiosos, escolares, de género, generación, clase) a los que los individuos echan mano para sobreponerse a las experiencias extremas, para ajustar las dramáticas vidas a un mundo que, pese a todo, gira.

Huyendo de los estereotipos filosofantes de pensar la categoría «familiar» globalmente, en sí, independientemente de una localización geográfica o de pertenencia grupal, cabía descubrir estructuras generales del problema a partir de experiencias situadas espacial y temporalmente [...]

La motivación principal de las entrevistas no fue centrar el relato en «el desaparecido» sino principalmente en la vida de esos familiares de desaparecidos, sus experiencias, proyectos y respuestas a su situación extrema. La mayoría de los entrevistados, de una forma u otra ya habían hecho pública su historia (público en oposición a redes privadas de amigos o familiares). En su gran mayoría el foco de aquellos testimonios era la historia de la desaparición de su familiar. En raras oportunidades estos familiares tuvieron oportunidad de hablar de sus miedos, sus vivencias, sus aprendizajes, recuerdos y memorias, de ser resaltados como los protagonistas de un conjunto de acciones y reacciones sociales especiales cuyos efectos tuvieron y tienen alto impacto en la redefinición de las relaciones culturales y políticas en Argentina. Así, los familiares y sus experiencias y estrategias de «sobrevivencia» se tornan interesantes para pensar algunos de los fundamentos básicos de la sociedad argentina contemporánea.

da Silva Catela, L. 2001. *No habrá flores en la tumba del pasado*. La Plata, Ediciones Al Margen, pp. 23 y ss.

Como vimos en este mismo capítulo, es posible elaborar una historia de vida de una persona viva o muerta, a partir de documentos variados: cartas, diarios, entrevistas, fotos, notas. Son los «documentos de vida» que trabaja Ken Plummer (1983: 13). Sin restar importancia al abordaje

exclusivamente documental, veremos en este apartado cómo realizar una historia de vida a partir de la producción del relato de la misma, que un sujeto cuenta a otro, y que se sistematiza en el marco de las ciencias sociales. Realizar una historia de vida supone una serie de procesos o etapas, que han sido detalladas por distintos autores (véase cuadro 5.3).

Sistematizando las sugerencias de los distintos autores, podemos esquematizar la elaboración de una historia de vida en tres momentos: la preparación, la recolección de los datos, y el análisis y la sistematización de la información obtenida. La gestación y la preparación de los temas, el plasmar las temáticas en las entrevistas, y su posterior transcripción, ordenamiento e interpretación, forman parte de un proceso de investigación que debe ser dinámico para ser fructífero. En este sentido, las etapas que presentaremos aquí, tratadas en orden, pueden sobreponerse por momentos, y cumplirse simultáneamente (Plummer, 1983: 86). Realizar la historia de vida de una persona supone sumergirse en una otra existencia, y esto exige tiempo y disposición por parte del investigador, así como una constante revisión de los temas, y una ida y vuelta permanente entre el material obtenido y el diseño, para enriquecer el resultado del proyecto.

Cuadro 5.3
Realización de la historia de vida: etapas

Autor	Etapas en la elaboración de cada historia de vida
Plummer (1983: 86): <i>cinco procesos</i>	<ul style="list-style-type: none"> • Preparación. • Obtención de los datos. • Conservación de los datos. • Análisis de los datos. • Presentación de los mismos.
Bertaux (1997, cap. 4): <i>cinco momentos</i>	<ul style="list-style-type: none"> • Apertura del terreno. • Obtención de la o las entrevistas. • Preparación de la o las entrevistas. • Realización de la o las entrevistas. • Análisis (que abre a su vez otra serie de procesos y decisiones).
Atkinson (1998, caps. 2, 3 y 4): <i>tres momentos</i>	<ul style="list-style-type: none"> • Planeando la entrevista. • Haciendo la entrevista. • Interpretando la entrevista.
Miller (2000: 76 y ss): <i>tres etapas</i>	<ul style="list-style-type: none"> • Negociando con los entrevistados (que incluye el muestreo, el hallazgo de los casos, el arreglo de las entrevistas, y el establecimiento del contacto con el sujeto).

	<ul style="list-style-type: none"> • Entrevistando. • Analizando el material recolectado.
Nuestra perspectiva: <i>tres momentos</i> (enfaticamos la necesidad de una ida y vuelta permanente entre las etapas)	<ul style="list-style-type: none"> • Preparando la historia de vida (muestreo, eje temático, guía). • Haciendo las entrevistas. • Analizando y sistematizando la información, interpretando la historia de vida (proceso que abre nuevos interrogantes).

2.1. Preparando la historia de vida: muestreo, eje temático, guía

Preparar una historia de vida supone tomar ciertas decisiones y profundizar determinados temas. En este apartado, abordaremos tres tópicos que consideramos centrales para el éxito de la historia de vida: el muestreo, el contexto, y la guía de temas.

Muestreo

Una de las primeras cuestiones que enfrenta el investigador que desea utilizar una historia de vida es la decisión sobre quién escribir. «Uno tiene que elegir un héroe o una heroína», afirma Smith (1994: 289), considerando que cada relato de vida, sea quien sea este «héroe» o «heroína», ofrece elementos valiosos para el análisis. El investigador que recurre a la historia de vida no busca representatividad estadística, por lo tanto el muestreo se basa en criterios de tipo teórico: en el *muestreo selectivo*, la persona se elige según ciertos rasgos considerados relevantes en términos conceptuales. Si nuestra investigación sigue un diseño multivocal o polifónico, lo importante será garantizar que nuestros entrevistados den cuenta de un rango amplio de experiencias individuales. Según Miller (2000: 76), «el éxito de este muestreo es asegurar un rango de individuos que representen todos los tipos o grupos significativos para el fenómeno o tópico bajo estudio». Encontrar al tipo de informante deseado puede seguir varios caminos: se puede llegar al sujeto a través de conocidos, o por contactos establecidos en el trabajo de campo —es el «efecto bola de nieve» (Bertaux, 1997: 54)—. El punto fundamental es que el entrevistado esté dispuesto a hablar de sí mismo, de su experiencia y de su familia: una historia de vida se construye entre quien relata y quien guía el relato, y la colaboración entre ambos es decisiva para el buen desarrollo de la misma.

La elección de los sujetos que entrevistaremos depende de nuestra pregunta de investigación. La perspectiva que asumimos supone que todos los seres humanos expresan, a través de sus experiencias, sus pertenencias sociales y culturales. *Todos los relatos de vida son po-*

tencialmente fructíferos para comprender las experiencias individuales, grupales, sociales, y en todo relato el investigador o la investigadora buscan comprender los horizontes de sentido y las lógicas que articulan las acciones. En el momento de optar por la historia de vida, y siguiendo su pregunta de investigación, el investigador elige a los sujetos que contribuirán a responderla. Esta elección es realizada privilegiando distintas lógicas de acción.

En su clásico estudio *Documents of Life* (1983), Ken Plummer asume que la selección del sujeto de la biografía se basa en criterios de distinto orden, que es útil explicitar. Dichos criterios llevan a elegir entre tres tipos diferentes de persona: la «gran persona», el «marginal» y la «persona común». La elección de uno u otro modelo tiene implicancias distintas para la investigación, y depende también de la concepción que se tenga de la historia, de la sociedad, y de quien la transforma. Si se supone que la historia es una sucesión de grandes acciones encarnadas por grandes varones con poder, se elegirán hombres públicos, cuyas acciones trascienden en los medios de comunicación y en los libros de historia; si en cambio se parte del supuesto de la historia como construcción social de los grupos humanos, se privilegiarán las voces anónimas de los actores de las transformaciones sociales. En nuestras investigaciones, no esencializamos los tipos de personas, intentamos más bien ver las lógicas de acción, vinculando «grandes personas» o líderes con «marginales» o personas en los bordes de grupos y estructuras, y «personas comunes», portadoras de historias particulares (véase cuadro 5.4).

La «gran persona» es alguien que se destaca por su intervención decisiva en el desarrollo de ciertos hechos históricos, definidos a la escala que el investigador decida. La elección del «marginal» supone la opción por el sujeto que vive entre mundos sociales y culturales que aparecen regidos por reglas diferentes. Realizar la historia de vida de un «marginal» permite, en efecto, echar luz sobre aspectos de la realidad cristalizados por el sentido común: el relato de la experiencia de quien vive en los límites cuestiona las construcciones asumidas por la mayoría como «naturales» y «normales». Nuevamente, no se trata de personas que el sentido común dominante considera «marginales», sino de individuos definidos a la escala que el investigador considere en su investigación.⁴

La selección de la «persona común» es la que más responde a la preocupación por rescatar voces que aparecen sumidas en generalizaciones desde otras disciplinas. Considerando que toda persona tiene rasgos que salen de lo corriente, la historia de vida permitiría oír la voz de los sujetos que constituyen la mayoría. Otra vez, la elección de los casos, y su designación como «persona común», se realiza a la escala que el investigador o la investigadora decida en su trabajo. Creemos que los casos que elegiremos se ordenan en un continuum, en el

que es posible identificar polos: el investigador seleccionará los casos teniendo en cuenta estos u otros criterios, según los requerimientos de su pregunta de investigación.

Cuadro 5.4

Criterios de selección: la persona y su contexto.

La «gran persona»

En una investigación realizada durante varios años (entre 1990 y 1995) a partir de entrevistas e historias de vida, titulada «Iglesia y derechos humanos. El accionar de la Iglesia de Quilmes en la temática de los derechos humanos y desaparecidos durante la dictadura militar (1976-1983)», se realizaron numerosos relatos de vida de «grandes personas católicas» (especialistas religiosos), marginales (personas que entraban y salían del campo religioso), y católicos «comunes» que participaban en grupos de Quilmes. El equipo de dirección estaba formado por el Dr. Emilio Mignone, el Dr. Fortunato Mallimaci y la Lic. Luisa Ripa, y contaba con numerosos investigadores y becarios. En el cuerpo principal de la investigación, quienes dirigían el equipo realizaron varias entrevistas y una profunda historia de vida al primer y reciente obispo del lugar, Jorge Novak. La pregunta de investigación de esta parte del estudio buscaba comprender el hecho de que no existiera ninguna declaración pública de dicho obispo durante la dictadura pidiendo sobre detenidos-desaparecidos, frente a la amplia labor cotidiana colaborando, recibiendo, apoyando y solidarizándose con familiares de detenidos-desaparecidos.

Mallimaci, F.; Mignone, E.; Ripa, L. et al. 1995-1997. *La Iglesia de Quilmes durante la dictadura militar, 1976-1983. Derechos humanos y la cuestión de los desaparecidos*. Buenos Aires, Universidad de Quilmes.

El «marginal»

Sandrine García analiza, en *La misère du monde*, compilado por Pierre Bourdieu (1993), la vida de Claudie.

«Después de un largo período de desocupación, Claudie hacía un curso de reinserción, organizado principalmente alrededor de actividades de recepción y de gestión, que daba acceso a empleos temporarios y sub-calificados en relación con su formación de periodista y de su experiencia profesional (había tenido un empleo estable [...] y luego había dirigido un refugio para víctimas de la violencia conyugal).» Luego de un período de militancia feminista durante la década de 1970, en París, vuelve a su ciudad natal con un empleo estable. Busca el clima de los años de militancia, pero no lo encuentra. «En esta “ciudad muerta” [...] los militantes solo están preocupados por la “lucha de clases” en la línea más pura de mayo del ‘68 [...] Los puntos de desacuerdo se multiplican: la prioridad dada a la causa de los “obreros” o de los “palestinos”, los problemas específicos de la mujer frente a la dominación masculina, la primacía otorgada a la reflexión teórica o a la “lucha ideológica”, las acciones prácticas a favor de las mujeres

oprimidas [...] Es en el momento de su primera victoria cuando se manifiesta el desajuste, seguramente presente desde el principio, entre su acción militante y la de los otros miembros de su grupo.»

García, S. 1993. «L'oeuvre volée», en P. Bourdieu, *La misère du monde*. París, Seuil, p. 447.

La «persona común»

Interesado en estudiar las organizaciones sindicales, en especial las plantas frigoríficas, en Berisso (provincia de Buenos Aires, Argentina), Daniel James conoce a María Roldán. A lo largo de numerosas entrevistas y varios meses de trabajo, James construye su historia de vida.

«En 1930 doña María y su esposo llegaron a la comunidad cuya identidad pasada y presente está inscrita en el Centro Cívico. Doña María crió a sus hijos, trabajó en las plantas, se consagró al activismo político y rindió culto a su Dios durante las seis décadas siguientes, todo dentro de los confines del espacio social y cultural llamado Berisso. Este libro está dedicado en gran medida a transmitir la historia de su vida. Aunque es la historia de una sola mujer, no es una historia aislada. Su relato debe leerse como un hilo dentro de la red de relatos que constituyen la historia de Berisso. Su voz singular contiene los tonos y las palabras impregnadas de los nítidos perfiles y las borrosas huellas del contexto cultural, ideológico y moral que la ciudad le legó.»

James, D. 2004. *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*. Buenos Aires, Manantial, p. 43.

Eje temático

Prepararnos para entrevistar a una persona con el objetivo de construir el relato de su vida supone aprender lo más posible acerca del contexto en el cual esta se desenvuelve y se ha desenvuelto. La «perspectiva biográfica» en ciencias sociales se ubica en la intersección entre el sujeto y la estructura social (Miller, 2000: 75; Sautu, 1999: 21), y relaciona la experiencia personal con los hechos en los cuales el entrevistado ha participado. Es importante entonces, en la preparación de las entrevistas, sistematizar la información acerca de las circunstancias de la vida del entrevistado o la entrevistada.

El postulado de partir de la perspectiva del sujeto, de su punto de vista sobre los hechos que fueron tejiendo su biografía, no supone dejar de lado otras fuentes de datos: por el contrario, la información sobre los hechos históricos en que el entrevistado participa o ha participado, los grupos con los cuales ha interactuado, las instituciones con las que se ha relacionado, y los espacios en los cuales transcurre su vida nos permiten hacer las preguntas con más precisión y agudeza, a la vez que contribuyen a generar cercanía con el entrevistado (Atkinson, 1998: 29).

La construcción de una historia de vida supone una perspectiva (Smith, 1994: 291), es decir, un lugar del que parte la mirada que el in-

investigador enfoca sobre la vida del entrevistado, y a partir del cual el sujeto empieza a reconstruir su experiencia. La renuncia a la pretensión de abordar la totalidad de la vida del entrevistado es, para Bertaux, una de las diferencias fundamentales entre la historia de vida etnosociológica y la autobiografía como forma narrativa escrita y autorreflexiva. La autobiografía «es una mirada retrospectiva sobre la vida pasada considerada en su totalidad y como una totalidad» (Bertaux, 1997: 34). El eje temático o «filtro» a partir del cual se desovilla la historia de vida del sujeto, surge del interés del investigador, y ha sido explicitado en la pregunta que guía el estudio: la perspectiva de trabajo que elegimos, que considera central el punto de vista de los actores, está abierta también a recoger los ejes que para el propio entrevistado son relevantes, y dibujan los hitos de su vida. La formulación del eje temático produce, a través de un pacto entre el investigador y el entrevistado un «pre-centramiento» de la entrevista. Este eje temático puede estar construido a partir de la participación o la implicación del entrevistado en determinados hechos histórico-políticos, como la investigación que da Silva Catela (2001) realiza entrevistando a familiares de desaparecidos en Argentina; a partir de ciertos aspectos de la inserción socio-profesional de los entrevistados, como el trabajo de Sautu (1999) sobre el complejo proceso de formación de las niñas de hogares pobres para desempeñarse como servicio doméstico; o a partir de ciertas particularidades de las experiencias de vida de los sujetos.

El eje temático desde el cual decidimos construir la historia de vida, directamente relacionado con la pregunta de investigación, es, por este mismo motivo, uno de los criterios teóricos que sirven de orientación en la elección de los entrevistados. Este eje temático debe ser profundizado en el momento de la preparación del trabajo de campo: sistematizar nuestros conocimientos preliminares sobre el tema (Smith, 1994: 291), realizar un estado del arte de lo que se ha escrito sobre grupos, instituciones y hechos históricos en los que el entrevistado ha participado (Holstein y Gubrium, 1995: 77; Atkinson, 1998: 29) y que forman parte de la porción de realidad que nos interesa investigar, constituirán aportes valiosos para ampliar y ahondar la mirada del investigador. No se trata aquí de construir una imagen previa del entrevistado, sino de tener a mano un conjunto de categorías sensibilizadoras que sirvan para pensar al entrevistado, para hacer las preguntas más fructíferas, que despierten sus recuerdos y le permitan explayarse sobre los temas.

La guía

Aun partiendo de un eje conceptual, que sirve de marco a la realización de las entrevistas, dos características del relato de vida se destacan: el énfasis en lo diacrónico (Smith, 1994: 298) y la perspectiva ho-

lística (Miller, 2000: 74). Los datos que obtenemos para construir una historia de vida están organizados diacrónicamente, en una «línea de vida», en la que los entrevistados suelen encontrar más continuidades que rupturas. Quien cuenta su vida tiende a percibirla como una continuidad a partir del ejercicio mismo del relato: es lo que Bertaux (1997: 34) llama *ideología biográfica*, y Bourdieu (1986), *ilusión biográfica*. Este es precisamente el componente *holístico* de la historia de vida: no solo porque el que relata cuenta su vida como un todo, sino porque el investigador o la investigadora enfocan distintos aspectos de la vida de la persona en relación con los hechos sociales de los que forma parte, de las instituciones con las que interactúa, de las relaciones personales que establece (Miller, 2000: 74-75).

La entrevista abierta aparece como un instrumento privilegiado en la construcción de la historia de vida (Atkinson, 1998: 41; Miller, 2000: 92, 100): a través de entrevistas realizadas a partir de una guía pero sin estructurar las preguntas, podremos permitirnos escuchar mejor al entrevistado o la entrevistada en sus idas y venidas por distintos momentos de su existencia, podremos seguirlo en los diversos ambientes por los que transita, y lo encontraremos en las esferas de actividad en las que su vida se desenvuelve. Quien entrevista recurrirá a la repregunta para precisar detalles, o para pedirle al entrevistado que desarrolle temas significativos. Es importante destacar que una historia de vida no se realiza a partir de una sola entrevista: contar la vida es un proceso largo, en el que es central respetar los tiempos del entrevistado o la entrevistada. El relato de la vida se desgrana en un conjunto de entrevistas.

La guía de la entrevista en la historia de vida es abierta, se trata de una lista de temas que nos interesa desarrollar y no de una serie de preguntas concisas. Holstein y Gubrium (1995: 76) consideran que es «más una agenda conversacional que un procedimiento directivo». Denzin (1989) sugiere que el investigador indague en la experiencia objetiva, subjetiva, simbólica y relacional de la vida a tratar. Es importante tener en cuenta el aspecto diacrónico del relato de vida en el momento de elaborar la guía: las etapas centrales de la vida del entrevistado o la entrevistada deben ser consideradas. Es interesante que la infancia, la adolescencia, la adultez y la ancianidad figuren entre los puntos de la guía de una manera cronológica, y que, a su vez, sean cruzadas con las experiencias familiares, sociales, educativas, religiosas, laborales del entrevistado. Considerar las distintas etapas de la vida del entrevistado es importante; no tenemos que perder de vista, sin embargo, que la construcción del tiempo biográfico es subjetiva, y cargada de sentidos que pueden escapar a las cronologías: los actores elaboran sus nociones del tiempo a partir de percepciones que están situadas, desde el punto de vista de las pertenencias sociales, económicas, culturales, étnicas, de género. En un encuentro sobre los

500 años de la llegada de los españoles, realizado en 1992 en Puerto Iguazú, Argentina, en el cual participaban personas provenientes de sectores rurales, indígenas y habitantes de barrios populares de las grandes ciudades, coordinamos un taller en el que se les pedía que realizaran una historia de su vida a partir de sus cuatro abuelos. La gran mayoría de los participantes no pudo cumplir este requisito, porque desconocían quiénes eran sus abuelos. Pudimos comprender que tanto el concepto de tiempo (y su desarrollo) como el de familia tipo eran los de los organizadores, que estos habían naturalizado. Pero quienes debían realizar su historia de familia eran portadores de ideas de tiempo y de familia diferentes.

La vida de las personas no se construye aisladamente, y captar las relaciones en las que el entrevistado está inmerso en las diferentes etapas de la misma es el aporte fundamental de la perspectiva *holística*. En la guía de las entrevistas es importante considerar los ambientes en los que el individuo se desenvuelve, y las personas con las cuales construye lazos de afecto, de amistad o relaciones profesionales. Bertaux (1997: 37 y ss.) destaca distintos ámbitos (*domaines de l'existence*): el de las relaciones familiares e interpersonales, el de la educación (escuela y formación de adultos), el del trabajo.

Una historia de vida se torna realmente interesante cuando logramos cruzar los ambientes en los que se ha desarrollado la vida de la persona con las etapas cronológicas y con el contexto más amplio de los hechos históricos y sociales. El conocimiento de los hechos históricos en los que la persona ha participado ayuda a precisar las preguntas. Profundizamos luego acerca de la relación del entrevistado o la entrevistada con tales sucesos: indagamos cómo se sintió en ciertas situaciones, le pedimos que describa ambientes, dejamos que nos cuente historias de hechos y representaciones que más le han impactado (Denzin, 1989). Luego, siguiendo los intereses del investigador, las preguntas podrán apuntar a las estructuras sociales, simbólicas, económicas con las que el entrevistado o la entrevistada ha interactuado, a la comprensión de los acontecimientos de los que ha participado y del contexto histórico general a fin de conocer la posición del sujeto frente a ciertos hechos y representaciones.

Un apartado especial merecen las historias de familias. Las familias, destaca Bertaux (1996: 12) –uno de los sociólogos que más profundamente ha estudiado la metodología para abordarlas–, son «unidades autoorganizadas de producción de otros miembros [...], microsistemas autopoiéticos orientados hacia la producción de energías humanas de sus propios miembros, tanto en la vida cotidiana como a largo plazo». Tomando esta definición, las familias aparecen como una unidad cuyo estudio debe tener en cuenta algunas cuestiones. Si la familia es considerada como una unidad que genera y organiza estrategias de reproducción de sus miembros y de supervivencia, es necesari-

rio prestar particular atención al ciclo de vida de las familias: en qué momentos la familia decide tener los hijos, quién se ocupa de su cuidado, quién consigue los recursos para sostenerla. El desarrollo de una buena historia de familia no debería dejar de lado la perspectiva de género: cómo se distribuyen los roles en el hogar según si se es varón o mujer, de qué maneras se construyen y se transmiten las representaciones ligadas al género. La mirada diacrónica asume un nuevo lugar en las historias de familia: el período a indagar no es ya la vida de una persona sino el tiempo familiar, que transcurre de generación en generación (Bertaux, 1996: 13).

En la historia de familia, la unidad de observación es «una serie de trayectorias de individuos» (Miller, 2000: 45). Diversas técnicas pueden ayudar en la elaboración de una historia de familias: construir diagramas de las relaciones, verticalmente (los lazos entre distintas generaciones) y horizontalmente (relaciones entre personas de una misma generación), indagar sobre las trayectorias migrantes, educativas, laborales de los miembros, relevar los hechos sociales y los contextos de los que las distintas generaciones han tomado parte. Las historias de familias constituyen una interesante herramienta para investigar las articulaciones entre los individuos y la estructura social (Miller, 2000: 49).

2.2. Realizando las entrevistas

Los datos que forman el corpus a partir del cual el investigador construye una historia de vida surgen de una serie de conversaciones con el entrevistado que permiten la reconstrucción de la experiencia de su vida. La idea de conversación es central aquí, y supone la presencia de un otro en relación con el cual se construye el relato. Bertaux (1997: 59), retomando a Franco Ferrarotti, sostiene que «nadie cuenta su vida a un grabador. A un maniquí tampoco». Si los métodos cualitativos suponen la construcción del dato en la interacción del investigador con los sujetos a los que estudia (Vasilachis de Gialdino, 2000: 233), esto es particularmente evidente en la historia de vida, en la que el dato surge del ejercicio de un diálogo entre dos personas: «todas las entrevistas son eventos interactivos [...], son construidas in situ, un producto de la conversación entre los participantes de la entrevista» (Holstein y Gubrium, 1995: 2). La forma *dialógica*, «oral, más espontánea» (Bertaux, 1997: 34), caracteriza así al relato de vida, que no se desgrena siguiendo una línea cronológica exacta, sino que reconoce idas y venidas, da espacio a los olvidos y a los recuerdos, a las enunciaciones y a las reformulaciones. No debemos olvidar, por otro lado, que lo que recogemos cuando realizamos un relato de vida son las interpretaciones del entrevistado sobre hechos de los cuales ha formado parte, que se elaboran a partir del presente de la persona, de sus deseos, proyectos y perspectivas en el momento en que realizamos la entrevista.

Otro punto a tener en cuenta es que la historia de vida debe ser comprendida en el contexto más amplio de un trabajo de campo con características etnográficas: no solo lo que el entrevistado nos dice cuenta algo de él o de ella; también debemos relevar sus gestos, sus silencios, la postura corporal. Ferrarotti (1991: 145) nos recuerda que

la investigación crece sobre la interacción como prerrogativa que garantiza su carácter no mecanicista [...] la interacción da lugar a una serie de mediaciones entre investigador y narrador [...], en una tensión dialéctica entre presentador, «presentario» y autorrepresentado, donde todo –desde los lapsus, tan importantes en la oralidad, hasta los gestos, las expresiones faciales y las reiteraciones– hace espesor, trama, proceso de transición desde la historia singular a las construcciones colectivas, desde la idiosincrasia individual al comportamiento colectivo y a los modos de control social.

También es importante considerar el lugar en el que efectuamos las entrevistas: dicho lugar, así como la entrevista misma, es negociado. En una charla que por momentos podría asumir un carácter intimista, el entrevistado debe sentirse cómodo para hablar de sí.

El éxito de una historia de vida se basa, en gran parte, en la relación entre el entrevistador y el entrevistado, que consideramos se apoya en un juego sutil entre la cercanía y la distancia (véase cuadro 5.5). Quien entrevista debe desarrollar ciertas cualidades relacionadas, básicamente, con la escucha y la comprensión. Como Bertaux (1997: 51) sintetiza, se trata «de aprender a escuchar bien, a repreguntar; [...] y de comprender en el momento las palabras del otro; de controlar las propias pulsiones; de hacer las preguntas *justas* en el momento *justo*». Sautu (1999: 42) recomienda desencadenar el relato del entrevistado a partir de una pregunta inicial para dejar hablar, y luego repreguntar para obtener precisiones sobre determinados temas. Dejar hablar al entrevistado, no interrumpir permanentemente, es una regla básica que citan la mayoría de los manuales de métodos cualitativos. La entrevistadora o el entrevistador puede luego recurrir a ciertas técnicas, como la provocación consciente, por parte de quien entrevista, que puede considerar necesario contestar argumentos del entrevistado, o someter sus propias hipótesis a la discusión con el participante. La entrevista en la historia de vida es una herramienta que construye sentidos: el rol del entrevistador consiste en abrir temas, incentivar reflexiones, sugerir interpretaciones, proponer perspectivas nuevas (Holstein y Gubrium, 1995: 78).

Cuando la investigadora o el investigador entra al campo y se pone en contacto con las personas con las cuales realizará las historias de vida, se establece un pacto entre ambos. La epistemología del sujeto conocido supone que «el interlocutor no es simplemente un “objeto de in-

vestigación”; es un ser humano que se confía, que te brinda su vida en la mano» (Ferrarotti, 1991: 149). A partir de este principio, el acuerdo parte de la construcción de la identidad del investigador, que, como sugieren Bertaux (1997: 52) y Atkinson (1998: 28), se funda sobre la sinceridad, y explica los propósitos del trabajo y de la presencia del investigador en el campo. Desde las ciencias sociales, en las que se reconoce un compromiso ético con los participantes de la investigación, el propósito del investigador no es esconder el objetivo de su trabajo buscando, a partir de una falsa identidad, «extraer» datos: partiendo de la premisa del conocimiento construido entre quien cuenta su vida y quien recoge el relato, el pacto entre uno y otro debe basarse en la transparencia. Siguiendo a Geertz (1991: 27): «No tratamos (o por lo menos yo no trato) de convertirnos en nativos (en todo caso una palabra comprometida) o de imitar a los nativos. Solo los románticos o los espías encontrarían sentido en hacerlo. Lo que procuramos es (en el sentido amplio del término en el cual este designa mucho más que una charla) conversar con ellos, una cuestión bastante más difícil (y no solo con extranjeros) de lo que generalmente se reconoce».

La negociación entre el investigador o la investigadora y los actores no se dice de una vez y para siempre, sino que se reelabora permanentemente, y abarca un amplio rango de temas, desde el pago (o no) por la realización de las entrevistas hasta el lugar donde se realizarán las mismas, desde el anonimato de los participantes hasta la mención de las organizaciones de las que forman parte en publicaciones. En su investigación sobre los campesinos polacos migrantes en Estados Unidos, por ejemplo, «Thomas [...] había hecho publicar un aviso en el que se ofrecía una pequeña recompensa en dinero por cada carta de emigrante entregada» (Ferrarotti, 1991: 150).

Un punto importante a tratar con el entrevistado tiene que ver con el uso y la publicación del material recogido: es interesante negociar la opción por el anonimato o la decisión de figurar con nombre y apellido, hecho que también revela datos sugestivos respecto de quienes estudiamos. La opción por el anonimato o no depende del momento en que se realizan las entrevistas de los relatos de vida. Grupos y personas, según el momento que están atravesando, pueden querer legitimarse, o aumentar su poder simbólico, dándose publicidad o no.

Cuadro 5.5

El rol del investigador en la entrevista

Cercanía y distancia

Comprender desde el lugar del otro es central a la hora de hacer una historia de vida. Sin acercamiento no hay posibilidad de que se genere el ambiente propicio para que el o la entrevistada cuente su vida. Hablar de la propia historia no siempre es agradable, puede implicar el abordaje de temas dolorosos, y generalmente suscita en quien habla y en quien escucha emociones diversas. Y así como el o la que cuenta su vida tiene que estar dispuesto a hablar, quien escucha tiene que estar dispuesto a comprender, aun situaciones o circunstancias que no acuerdan con los principios éticos del investigador.

Más allá de la necesidad del movimiento de acercamiento, no existen reglas en cuanto a la distancia que debe mantener el entrevistador o la entrevistadora con el sujeto. Como la entrada al campo, depende de un pacto con el entrevistado, en el que los términos del mismo se negocian entre los dos participantes de la situación de entrevista. Transmitir dos diferentes situaciones de investigación ilustrarán distintas resoluciones frente al problema del establecimiento de la distancia con los sujetos que decidimos investigar.

Da Silva Catela, en su investigación sobre las vidas de los familiares de desaparecidos, define a sus entrevistados y la manera de llegar a ellos. «Todas las personas que entrevisté no tenían ningún tipo de relación conmigo; eran desconocidas y este fue un criterio elegido estratégicamente. No quería realizar entrevistas con “amigos” o gente conocida, ya que consideraba que dejaría de formular muchas preguntas para no causarles dolor o inducir traumas duraderos en la relación de afinidad» (da Silva Catela, 2001: 27).

Giménez Béliveau, en su investigación sobre comunidades católicas en Argentina, realiza historias de vida de fieles y militantes de distintos grupos dentro del catolicismo. Antes de elegir los grupos con los que finalmente trabajaría, visita una serie de comunidades con las que establece contactos de distinto tipo. En una de ellas participa de un almuerzo en el que, en conversaciones informales, los participantes se refieren a la actuación de algunos miembros del grupo religioso, pertenecientes a las Fuerzas Armadas, durante la dictadura militar en Argentina, acciones por las que estaban siendo citados por la justicia. Un problema ético se presenta a la investigadora: la sospecha de la implicación de los fieles de la comunidad en crímenes cometidos en la época del gobierno militar representa para esta una barrera imposible de superar. Realizar historias de vida con miembros de la comunidad requiere de un acercamiento a la comprensión de las motivaciones y de los sentidos que los sujetos dan a sus acciones. La historia personal de la investigadora no le permitía traspasar esta barrera, por lo que decidió no trabajar con este grupo. El recorrido biográfico de quien investiga no puede ser ajeno al trabajo mismo de la investigación (Giménez Béliveau, 2004).

La realización de una historia de vida supone momentos de acercamiento y de distanciamiento del sujeto que investigamos, ambos imprescindibles para el éxito de la construcción del relato. Compromiso y distancia son, más que dos actitudes distintas, momentos de la investigación que se van alternando.

La entrevista en una historia de vida se destaca por subrayar particularmente ciertos momentos de la existencia del entrevistado: el relato de una vida se construye a partir del encadenamiento de hechos significativos. Denzin los llama epifanías o *turning points* (Smith, 1994: 287); Sautu (1999: 63), momentos críticos (véase cuadro 5.6). Se trata de la puesta en discurso de acontecimientos clave que han marcado la vida del entrevistado. Para la investigadora o el investigador es importante profundizar en estos sucesos, que son comprendidos por el sujeto como hechos «bisagra», en los que es posible determinar un antes y un después. Estos acontecimientos pueden ser rastreados en un ámbito de actividad de los individuos, como el trabajo, la escuela y la formación, el compromiso religioso o la militancia política, en el desarrollo de su vida personal, en el transcurso de la vida de la familia (migraciones, por ejemplo). Las historias de vida son realizadas frecuentemente desde un determinado punto de vista: los hechos clave relacionados con la perspectiva elegida serán profundizados durante la entrevista. El investigador intentará rastrear información detallada sobre el contexto histórico, entendido desde las múltiples perspectivas del conflicto social, cultural, de género, simbólico y religioso, que permitirá relacionar el momento epifánico en la historia social más amplia.

Cuadro 5.6

Los momentos cruciales (*turning points*)

Caso 1. Hecho clave en el ámbito del compromiso político

Daniel James releva el relato del 17 de octubre de 1945 expresado por Doña María. «La naturaleza única del 17 de octubre es parte de su caracterización épica:

»No, usted no se imagina, vos no te imaginás, Daniel, lo que fue el 17 de octubre [...]. Eso es lo que no se dan cuenta muchos, que el pueblo argentino salió a la calle, todo el pueblo hasta los enfermos estaban en la calle, la gente de los hospitales dejaban la cama y salían, los únicos que no salieron fueron los locos y los presos [...]. Vos no te imaginás lo que fue el 17 de octubre [...]. Fue algo tan tremendo, los zapatos de las personas volaban así en el aire, los zapatos, las gorras, las camisas [...]. Era algo tremendo, el que lo pasó lo sabe, se veían columnas, columnas que venían del norte argentino, y seguían viniendo, ya había llegado Perón y todavía llegaban, eso duró toda la noche [...]. Fue algo, no sé, en mi vida vi eso, fue la única vez.

»Su estatus único también induce a caracterizarlo como un punto de inflexión crucial, “un vuelco” que dividirá la historia de Doña María, el pueblo argentino y el pueblo de Berisso en un antes y un después. Nada volverá a ser igual.»

James, D. 2004. *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*. Buenos Aires, Manantial, p. 165.

Caso 2. Hecho clave en el ámbito del compromiso religioso

«La conversión puede explicarse a través de un proceso [...] o, como en el caso de la pastora Blanca, a partir de un momento de revelación:

»“Y yo me acuerdo que yo caí, y cuando me levanté, de repente, me doy cuenta de que estoy derecha, que me puedo enderezar, que el dolor había desaparecido, entonces ahí pude comprender por qué gritaba la gente, por qué hablaban lo que hablaban [...] Cuando yo experimenté en mi vida, en mi cuerpo esa paz y esa sanidad, entonces ahí también comencé yo a darle gracias a Dios, y gritaba, y lloraba, y decía, Señor, Dios todopoderoso, Señor, ¡gracias! Y no podía parar de darle gracias. [...]”.

»Tanto en los que la viven de una o de otra manera, el acercamiento a la religión implica, siempre en el sentido que los actores imprimen a sus actos, cambios profundos en su vida cotidiana. Estos se enfocan sobre todo en su relación con los demás y en la presencia de lo trascendente en sus vidas.»

Giménez Béliveau, V. y Esquivel, J. 1996. «Entre cruces y galpones: un estudio comparativo sobre grupos religiosos en el Gran Buenos Aires». *Revista de Ciencias Sociales*, 7/8, p. 206.

Caso 3. Momentos cruciales: interpretación

Cuando Mallimaci realiza historias de vida de militantes católicos integralistas en la sociedad argentina durante las décadas de 1930 y 1940, encuentra que fueron tres los hechos clave que quebraron trayectorias, amistades y supusieron rehacer pertenencias, caminos e identidades «insospechadas» luego de la unidad producida por el Congreso Eucarístico de 1934: la Guerra Civil española en 1936, la Segunda Guerra Mundial a partir de 1939 y el surgimiento del peronismo en 1945-1946. Múltiples relatos expresaban que habían sido como «tres mazazos».

Mallimaci, F. 1992. «El Catolicismo entre el liberalismo integral y la hegemonía militar (1900-1960)», en F. Mallimaci, F. Forni, E. Mignone et al. 1992. *500 años de cristianismo en Argentina*. Buenos Aires, Centro Nueva Tierra.

Aunque hemos elegido en este apartado trabajar con las maneras de construir una historia de vida a partir de una serie de encuentros en los que el o la entrevistada nos la cuenta, el recurso de los documentos a la hora de construir la historia de vida no debe ser desestimado: es importante recolectar todo tipo de testimonios y hechos de vida, sean escritos, visuales o relacionales, a fin de completar y enriquecer el relato. Cartas, diarios personales, fotografías, recortes de periódicos, filmaciones (Plummer, 1983: 14 y ss.) ayudan a construir un archivo en el que, si bien no podemos suponerlo completo, ni pedirle que abarque la totalidad de los documentos importantes para la historia de vida (Smith, 1994: 291), el investigador se apoya tanto para elaborar la guía como para garantizar la validez y la confiabilidad de los datos construidos.

Finalmente, quisiéramos concluir este apartado con una última observación referida a la importancia del tiempo en la historia de vida. Para concretar una historia de vida, el investigador o la investigadora tiene que estar dispuesto a pasar tiempo con el entrevistado, tiempo que no siempre es visto como «productivo», pero que se vuelve, sin embargo, indispensable para comprender a quien investigamos. Ferrarotti (1991: 154) aconseja que

el magnetófono no es [...] un buen punto de partida, sino más bien de llegada, que no solo no excluye sino que requiere otros medios de estudio y de observación, aparte del fundamental momento de la observación participante. El estudio de los documentos históricos de los archivos municipales, el análisis ecológico y del territorio, el uso de la fotografía, el análisis del contenido de los diarios locales [...] Antes de recurrir al magnetófono es necesario, de todos modos, una considerable inversión de tiempo y de varias actividades preparatorias, como encuentros, comidas, tardes y noches transcurridas juntos, aquella *convivialidad propedeutica* que suele parecer un «lujo» al sociólogo subordinado al mercado y sus reglas, para el cual el «tiempo es oro», mientras son actividades esenciales para el estudioso consciente de ciencias sociales, consciente de estar tratando, en primer lugar, con seres humanos.

2.3. Analizando e interpretando la historia de vida

¿Cómo trabajar el material recolectado?
¿Cómo se puede escribir una historia de vida?

El momento del análisis y la escritura de una historia de vida suele enfrentar al investigador o a la investigadora con una serie de decisiones: «todos los recopiladores de historias de vida deben pasar cuentas con el problema de la transcripción, situación difícil de la investigación en la que se cumple el complejo pasaje de la oralidad a la escritura, dos modos de comunicación diferentes, ligados a lógicas netamente contrastantes» (Ferrarotti, 1991: 151).

Las maneras de trabajar las historias de vida son variadas: desde la escritura de la sola desgrabación del relato del entrevistado con escasa o nula interpretación, hasta el ensayo con un sólido respaldo histórico sobre el evento analizado y sistematizado desde una perspectiva cronológica, pasando por el artículo elaborado a partir del relato de vida matizado con detalles de la vida social, cultural o religiosa del momento en que transcurre la vida del entrevistado, y por la elección de la ficción para resaltar temas poco abordables desde la «objetividad». En contraposición con una utilización clásica del método biográfico en ciencias sociales, que privilegia el arsenal teórico y metodológico «obje-

tivo» portado por el investigador, preferimos la biografía interpretativa, que se preocupa por rescatar la perspectiva del actor. Desde esta orientación, buscamos más reflexionar, conocer y comprender las valiosas vidas de los investigados que probar y verificar las hipótesis del investigador; en este sentido, es esencial una reflexión permanente sobre la práctica misma del investigador o la investigadora, tanto en el momento de la realización de las entrevistas como en la interpretación del material y en el proceso de escritura.

La masa de datos formada por las horas de grabación del relato y los documentos de vida de la persona deben ser ordenados, procesados, interpretados y escritos. Sostiene Edel (1984: 93) que «la biografía, como la historia, es la organización de la memoria humana»: una vez reunido el material, el paso siguiente es ordenarlo. Las grabaciones de las entrevistas deben ser transcritas en su totalidad, y conservadas en su formato original: si en algún otro momento, o en ocasión de una nueva investigación, queremos volver sobre el material para iluminar nuevas perspectivas, es importante que podamos reescuchar los audios, además de leer las transcripciones de las mismas. Elementos, sentidos, inflexiones a los que entonces no prestamos atención pueden adquirir relevancia en un nuevo contexto.

La historia de vida que presentamos aquí, es, como vimos, interpretativa. Es decir, se propone comprender la vida de los actores en su contexto. Pero la interpretación del investigador o de la investigadora no es la primera: las personas que cuentan sus vidas hacen una reconstrucción de estas, desde su presente, que es en sí una interpretación. «A través de la narrativa, entramos en contacto con nuestros participantes como personas comprometidas en el proceso de interpretarse a sí mismas» (Josselson y Lieblich, 1995: ix). El trabajo que realizamos como investigadores consiste, como Geertz (1991: 28) sostiene sobre los escritos antropológicos, en «interpretaciones de segundo y tercer orden».

La interpretación de un relato de vida comienza por la exploración de los significados de las historias buscando múltiples comprensiones. El investigador aborda el análisis del material a partir de una pluralidad de perspectivas, organizando las historias en temas centrales (epifanías) que han ido transformando esa vida (Denzin, 1989). En su investigación sobre el proceso de aprendizaje del trabajo doméstico de las niñas, Sautu (1999: 102) recomienda aislar hechos significativos y ordenar el material alrededor de núcleos temáticos. Estos ejes surgen de la pregunta que guía la investigación (véase cuadro 5.7). Es importante destacar que, si bien aquí proponemos la interpretación como un punto en el análisis de los datos, es en realidad una actividad que el investigador o la investigadora llevan a cabo a lo largo de la realización de la historia de vida; desde la elección de profundizar ciertos temas a la selección de qué documentos sumar al corpus y cuáles descartar, la

interpretación es un proceso que se teje en las diferentes etapas del trabajo de campo.

La descripción, en el informe o escrito final, del desarrollo de la interpretación contribuye a la consistencia y a la solidez técnica del trabajo (*reliability*). Luego de describir una historia individual o familiar, se explicitan las razones que llevan a estudiar el caso. La exposición de los datos se articula alrededor de la focalización en los momentos decisivos (epifanías) de la vida de esa persona o familia: se interpretan los significados de esos hechos, relacionándolos con el contexto en el cual la vida de esa persona o familia se ha desarrollado, y con los aportes teóricos del investigador. En síntesis, el investigador debe comprender, a partir de la información de y sobre el sujeto, la vida de quien investiga en el contexto histórico en el cual se desarrolla, en la mayor cantidad de ámbitos posibles. Debe ser capaz, también, de discernir las historias particulares que le permitan ampliar el contexto de esa vida y de relacionar esos hechos con sus conocimientos a fin de escribir una descripción lo más densa posible.

Cuadro 5.7

Interpretación

A partir de un relato de vida, se desarrollan elementos conceptuales relacionados con la noción de estigma, que los investigadores consideran un eje central en la interpretación de las travestis de sus propias vidas.

«Una entrevistada (Dana, travesti), al narrar su penoso y fracasado derrotero para conseguir empleo, enfatizó que “ellos siempre se dan cuenta” de su condición de travesti una vez que depositan por segunda vez su mirada sobre ella [...] Cuenta que cuando fue a una casa a entrevistarse con una persona para cuidar a un pariente anciano de esta, cuando la dueña de casa abre la puerta:

“En ese momento veo en el iris de sus ojos que se dio cuenta con quién estaba hablando, entonces, tal vez era de complicidad, no de compasión, pero yo digo compasión... porque yo observo el iris de la pupila que se agranda y se achica: si vos apagás la luz, la pupila se agranda; si la prendés, se achica. Cuando yo noto eso me doy cuenta que la persona se da cuenta que vio mal o que está hablando con la persona que no es la que vio, entonces...”

Ya se había señalado a las travestis como actores “estigmatizados”; ello significaba que su estigma era directamente perceptible por los demás y que, por lo tanto, poco podían hacer para evitar la sanción social. Los sucesivos episodios de estigmatización que han sufrido a causa de esa percepción directa forman, para ellas, un saber anticipatorio teñido de resignación: con el tiempo, saben que salir a buscar trabajo (por más que para la ocasión se vistan “discretas” y se recojan el pelo para entrevistarse con un verdulero en el centro de Florencio Varela, según Dana) es infructuoso y, entonces, algo que sería más saludable dejar de intentar.»

Meccia, E., Melitkla, U. y Raffo, M. 2005. «Trabajo sexual: estigma e implicancias relacionales. Trayectorias de vulnerabilidad de mujeres y travestis en situación de prostitución en el sur del Gran Buenos Aires», en F. Mallimaci y A. Salvia (comps.), *Los nuevos rostros de la marginalidad. La supervivencia de los desplazados*. Buenos Aires, Biblos, p. 119.

3. Desafíos y perspectivas

Trabajar con los relatos de vida plantea algunos desafíos que es importante tener en cuenta, y que tienen que ver con las características mismas del relato. La primera consideración se refiere al carácter social del relato, y a su relación con las construcciones identitarias del que lo produce. Así como hemos destacado que la figura del individuo aislado es una ficción, la producción de un relato libre de influencias de otros actores e instituciones también lo es. El relato de vida no solo es portador de contenidos; también cumple ciertas funciones para quien lo dice: crea la representación de coherencia, a través de ciertos patrones en el relato, que «actúan como narraciones estabilizadoras que dan a la historia de vida más general un sentido básico de continuidad a lo largo del tiempo» (James, 2004: 187), y construye identidades a partir de las narrativas (Auyero, 2001: 198). La construcción de la identidad se relaciona con un relato en el que se articula el pasado con el presente, y que permite al individuo proyectarse hacia el futuro, pero este relato se dice desde el presente, como ha sido destacado por los teóricos de la sociología de la memoria (Halbwachs, 1994; 1997; Namer, 1987; Nora, 1997). Una vez más, notemos que el entrevistado o la entrevistada no refieren «verdades», sino que exponen ante la escucha de quien investiga su interpretación, realizada a partir de las relaciones en que están insertos en el presente, de los hechos en los cuales tomó parte.

Desde la sociología de la religión se han observado repetidas veces las similitudes en el relato de ciertas experiencias, por ejemplo, los relatos de conversión. En distintas investigaciones (Giménez Béliveau y Esquivel, 1996; Giménez Béliveau, 2004; Soneira, 2005) hemos destacado la extrema estandarización de la puesta en relato del contacto con un grupo religioso y su ingreso a él: el sujeto articula la narrativa en tres momentos: un momento inicial de desencuentro consigo mismo, con su familia y amigos y con la vida en general, en el que vicios de distinta índole (alcohol, drogas) son frecuentes, un segundo momento de contacto con el grupo en el que el primer sentimiento es el rechazo, una «epifanía» o «kairos» en el que se reconoce el poder de la divinidad a través de la acción del grupo, y un tercer momento definitivo de integración a la comunidad, que implica también un reordenamiento de la propia existencia según los valores del grupo. La cons-

trucción de este relato no es independiente de la intervención de la institución religiosa, que contribuye a «moldear» la experiencia del individuo y, también, la puesta en relato. En efecto, contar el camino de ingreso al grupo no es solo una manera de justificar el compromiso con el grupo ante sí mismo en el presente (vemos aquí la función de coherencia con la propia vida que el relato de vida cumple), sino también una forma de asumir cabalmente ese compromiso difundándolo a través de su propio ejemplo, y con su propio cuerpo. El que cuenta el proceso de «conversión» es parte del mismo, y por lo tanto, a través de su relato se propone mostrar un camino éticamente deseable para aquellos que aún no se han contactado con la comunidad.

La historia de vida se construye a partir de la materia lábil de los recuerdos, que son reactualizados en marcos, grupos o corrientes que los vuelven plausibles (Halbwachs, 1994, 1997; Namer, 1987; Candau, 1998; Lavabre, 1994). El relato, que consiste en la puesta en palabras de los recuerdos, es expresado a su vez a través de moldes narrativos por los cuales las instituciones, los grupos y los sujetos encuadran significativamente sus experiencias. Pertenecer a un grupo, comprender la propia existencia en términos éticos, justificar tomas de posición y compromisos políticos o personales son elementos que dan forma al discurso, y que establecen el punto desde el cual el entrevistado relatará los acontecimientos de su vida. Tanto James (2004: 164) en la historia de vida de doña María Roldán, como Auyero (2001: 200) en su investigación sobre las prácticas clientelísticas del peronismo en un barrio de la periferia de Buenos Aires, destacan el peso de la época peronista como impronta identitaria y como productora de mitos e imágenes a través de los cuales los sujetos significan sus propias experiencias. Aquí se observa cómo las representaciones sociales vigentes en los distintos contextos históricos y sociales se incorporan a los relatos, moldeándolos.

La segunda consideración a tener en cuenta a la hora de construir una historia de vida tiene que ver con la perspectiva de la epistemología del sujeto conocido (Vasilachis de Gialdino, 2000: 219). Considerar que el conocimiento es el producto de la interacción entre seres humanos implica incorporar la reflexividad a la práctica de la investigación. El análisis interpretativo de una historia de vida no puede dejar de considerar las intervenciones del investigador, no para «controlar sesgos», como sugieren otros paradigmas, sino para comprender los procesos a partir de los cuales el entrevistado, a partir de la participación del investigador, atribuye sentido a hechos y experiencias de su vida (Holstein y Gubrium, 1995: 79). Al interpretar el significado de una historia de vida, el investigador reflexiona sobre su propia experiencia y conocimientos: escuchar un relato de vida y trabajar sobre él no solo transforma, recontextualiza y amplía los conocimientos del investigador o de la investigadora, sino que también afecta su manera de ver el mundo. La

reflexividad, es decir la permanente atención a la dinámica de la investigación, no es una opción que pueda tomarse o ser dejada de lado, es parte constitutiva de la investigación misma (véase cuadro 5.8).

Cuadro 5.8

Reflexividad: el investigador reflexiona sobre el material obtenido y sobre sus usos, interpreta, vuelve sobre sus experiencias.

«Uno de los objetivos principales de mi investigación en Villa Paraíso era el de reconstruir la historia de la resolución de problemas en un territorio de relegación urbana en el Gran Buenos Aires, con el propósito de ilustrar la creciente relevancia de los arreglos clientelares en la manera en que los pobres satisfacen sus necesidades más inmediatas. Con ese fin en mente, comencé a prestar especial atención a lo que la gente contaba sobre la historia del barrio y sobre su historia en él. Estaba a la búsqueda de regularidades en las maneras en que la gente había ido resolviendo sus problemas en la historia unitaria de un barrio autoconstruido. Luego de un tiempo de aferrarme caprichosamente a la idea de que “tiene que haber una historia de este lugar”, me encontré leyendo testimonios de gente que me contaba que el mismo asfalto había sido construido por distinta gente, o que “el barrio había mejorado mucho” debido a acciones diferentes. Puede sonar obvio a esta altura, pero durante los primeros meses de mi trabajo de campo no fue muy tranquilizador encontrar que lo que yo estaba buscando no estaba ahí. A pesar de que la ansiedad que provocó la digresión fue, en cierto punto, difícil de manejar, lo que encontré resultó ser bastante más interesante: distintas narrativas de los mismos hechos.»

Auyero, J. 2001. *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*. Buenos Aires, Manantial, p. 184.

¿Qué aporta la historia de vida a las investigaciones en ciencias sociales?

Las diferentes perspectivas disciplinarias que han recurrido a la historia de vida destacan su potencial creativo y su capacidad para iluminar campos de la acción humana descuidados o invisibilizados por otras tradiciones metodológicas. Como destaca Atkinson (1998: 16), los campos de aplicación de las historias de vida en ciencias sociales son prácticamente ilimitados; nos interesa centrarnos aquí en un conjunto de espacios en los cuales el trabajo con esta estrategia metodológica ha sido fructífero, y ha abierto nuevos horizontes de investigación. La capacidad para analizar las relaciones entre individuo y sociedad, la potencialidad para destacar los aspectos diacrónicos de los hechos sociales, la sensibilidad para iluminar personas, grupos sociales y problemáticas que no son evidentes desde otras estrategias metodológicas,

son tres puntos a destacar como ventajas del recurso a la historia de vida.

Relaciones entre individuo y sociedad

El potencial de la historia de vida para relevar las relaciones entre experiencia individual y sociedad ha sido destacado por diferentes autores. Creswell (1998: 30) enfatiza que la historia de vida permite hablar sobre la vida en el interior de las estructuras; Bertaux (1997: 78) destaca la inscripción de los hechos biográficos en un contexto más amplio. El relato de la vida de un individuo puede iluminar no solo un caso particular, sino también un momento histórico, un sector social, un ámbito de actividad en el que se desarrolla su vida. Para Ferrarotti (1991) una sociedad puede ser leída a partir de un relato de vida. Cada acto individual es la totalización de un sistema social. Según Atkinson (1998: 13), una historia de vida

puede ayudar a explicar la comprensión de un individuo acerca de los acontecimientos sociales, movimientos y causas políticas o cómo los miembros individuales de un grupo, generación o cohorte ven ciertos acontecimientos o movimientos y cuál es la forma en que ven, experimentan o interpretan aquellos acontecimientos sociales vinculados a sus desarrollos individuales.

En suma, una historia de vida nos permite conocer también la cultura, la sociedad, los valores y el imaginario simbólico de una determinada sociedad desde una mirada, desde un punto de vista, desde una trayectoria que es única, irrepetible y abierta.

Énfasis en lo diacrónico

La adopción de la perspectiva biográfica explicita la noción de proceso. Más aun que otras tradiciones cualitativas, la historia de vida y la historia de familias permiten rastrear las trayectorias de las personas «a lo largo del tiempo y en las redes sociales que las sostienen» (Miller, 2000: 8). Según Bertaux (1997: 71), las formas de contar un recorrido vital tienen un nudo común, que es la estructura diacrónica. El relato de la vida se construye no solo a partir de la evocación de hechos significativos, sino también de su ordenamiento según los parámetros temporales básicos del antes y el después.

En el mismo sentido, Smith (1994: 291) afirma que la biografía lleva al investigador a organizar los datos «en una línea de tiempo diacrónica». Los hechos del pasado son relatados en función del presente, y a su vez estos son relacionados con proyectos hacia el futuro. La ida y vuelta entre distintos tiempos, tomando como eje los acontecimientos

de la propia vida, es el trabajo central de la construcción de un relato de vida, que a su vez proyecta el carácter diacrónico, de proceso, a los acontecimientos en los que el sujeto ha tomado parte. A través de la historia de vida, el carácter procesual de los hechos sociales se vuelve evidente.

Perspectiva de temas y sujetos invisibilizados

La historia de vida es una herramienta particularmente sensible para abordar individuos, grupos sociales y temas que son frecuentemente invisibilizados desde otras tradiciones epistemológicas (Smith, 1994: 301). Ahondar en las trayectorias de vida de sujetos pertenecientes a grupos sociales subordinados, históricamente privados de la palabra pública, es uno de los mayores logros de los métodos biográficos. Las investigaciones de Meccia, Melitkla y Raffo (2005) sobre travestis y mujeres en situación de prostitución, de Vasilachis de Gialdino (2003) sobre las personas pobres que viven en la calle, y de Sautu (1999) sobre el proceso de formación de niñas para el servicio doméstico son buenos ejemplos de esta perspectiva. Por otro lado, la historia de vida ilumina aspectos de la existencia de quien relata de difícil acceso desde otras herramientas: la vida cotidiana, las emociones y los sentimientos, los motivos más personales de ciertas elecciones políticas, culturales o religiosas. Esta característica de los métodos biográficos los han vuelto particularmente aptos para la investigación desde una perspectiva de género (Oakley, 1981), para abordar grupos sociales marginados institucionalmente, como es el caso de las comunidades de base católicas campesinas en Colombia y Venezuela, estudiadas por Levine (1996), y para abordar temáticas relacionadas con hechos históricos traumáticos y frecuentemente silenciados, como los estudios centrados en familiares de detenidos-desaparecidos de la dictadura militar argentina (Vega Martínez, 1999; da Silva Catela, 2001).

Son múltiples los aportes de la historia de vida a la investigación en ciencias sociales. «Las historias de vida [...] sitúan de nuevo a la investigación sociológica en sus orígenes y en su objetivo primario: el análisis empírico, conceptualmente orientado, de los hechos humanos como fenómenos en constante tensión, como realidades fluidas productoras de sentido, relativamente determinadas y al mismo tiempo imprevisibles, y por esta razón, dramáticas» (Ferrarotti, 1991: 139). Realizar una historia de vida significa sumergirse en el relato de las experiencias de vida de otro ser humano, para comprenderlas a partir de su punto de vista y desde el bagaje conceptual que aportan el investigador o la investigadora. Una historia de vida se basa en la interacción entre quien investiga y quien es conocido, y rescatando la tradición de la metodología cualitativa, supone la co-construcción del conocimiento. Realizar una historia de vida es una experiencia enriquecedora para quienes la realizan, desde sus roles diferenciados de investigador e investigado.

Notas

1. Ambas obras se pueden consultar, en edición electrónica, en el sitio www.educ.ar (junio de 2006).

2. El libro fue publicado por la editorial del Instituto Di Tella, Buenos Aires, en 1969, con prólogo de Gino Germani, quien resalta que el autor pasa de receptor a creador de nuevos aportes.

3. Los libros y numerosos artículos de Aldo Ameigeiras (1995), Roberto Benencia (Forni, Benencia y Neiman, 1991), Dora Barrancos (1996), M. Julieta Oddone (1995), Claudia Jacinto (1995), Héctor Angélico (Angélico y Bacci, 2002), Laura Roldán (Forni y Roldán, 1995), Guillermo Neiman (2000) —entre otros y otras— expresan el esfuerzo teórico, metodológico y epistemológico por mostrar personas, rostros, historias, procesos y trayectorias como manera privilegiada de comprender y analizar nuestras sociedades.

4. Pierre Bourdieu (1993: 11) llama la atención sobre el carácter relacional y relativo de las percepciones de los agentes sobre sus posiciones sociales: «*El contrabajo*, de Patrick Suskind, brinda una imagen particularmente lograda de la experiencia dolorosa que pueden tener del mundo social aquellos que, como el contrabajista dentro de la orquesta, ocupan una posición inferior y oscura en el seno de un universo prestigioso y privilegiado, experiencia tanto más dolorosa, sin duda, a causa de que este universo, en el cual participan apenas lo suficiente para sentir su descenso relativo, está situado más arriba en el espacio global. Esa *miseria de posición*, referida al punto de vista de quien la experimenta al encerrarse en los límites del microcosmos, está destinada a parecer, como suele decirse, “completamente relativa”, esto es, completamente irreal, si, al asumir el punto de vista del macrocosmos, se la compara con la gran *miseria de condición*; referencia cotidianamente utilizada con fines de condena (“no tienes que quejarte”) o consuelo (“sabes que hay quienes están mucho peor”).».

Bibliografía recomendada

- Bertaux, D. 1997. *Les récits de vie*. París, Nathan Université.
- Denzin, N. 1989. *Interpretive Biography*. Qualitative Research Method Series # 17, Londres, Sage.
- Magrassi, G. y Rocca, M. 1980. *La historia de vida*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Plummer, K. 1983. *Documents of Life. An Introduction to the Problems and Literature of a Humanistic Method*. Londres, Allen & Unwin.
- Sautu, R. 1999. *El método biográfico. La reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores*. Buenos Aires, Editorial Belgrano.
- Smith, L. 1994. «Biographical method», en N. Denzin e Y. Lincoln, *Handbook of Qualitative Research*. Londres, Sage.